

Extracto de la parte uno, capítulo *La salida > En la carretera*

La chica que ha perdido el norte

Novela

Josep Seguí Dolz©, 2021

Contamos nuestros sueños por una necesidad oscura: para hacerlos más reales, viviendo con alguien diferente la singularidad que les pertenece y que parecería no destinarlos más que a uno solo, pero más aún: para apropiármolos, constituyéndonos, gracias a la palabra común, no sólo en dueños del sueño, sino en su principal autor y apoderándonos así, con decisión, de ese ser parecido, aunque excéntrico, que fue nosotros durante la noche.

Maurice Blanchot.

Ya llevo andando un buen rato. Empiezo con lo del dedo. No se detiene ni San Jesucristo aunque hay bastante circulación. Pasa una hora casi y media hasta que, más o menos a la altura de Port Saplaya, para un coche utilitario más bien viejo conducido por un señor bastante mayor con el pelo y la barba muy blancos y mostrando una sonrisa muy agradable que inspira confianza. El auto me parece ser un Golf de esos diésel de finales del siglo XX o así. Baja la ventanilla.

—¿A dónde vas, bonita?

—A Barcelona.

—Vaya, yo voy a Castellón, ¿te viene bien? Si quieres te puedo acercar a la estación del tren o del autobús, están una al lado de la otra, y allí ya continúas tu viaje por el medio preferido según tus gustos, caprichos o preferencias predilectos y de acuerdo a tus posibilidades. Desde luego, las desconozco; pero siempre las hay en la vida. Eso te lo puedo asegurar desde mi gran experiencia vital.

—No, no se preocupe, preferiré seguir mi camino haciendo dedo; es más barato y ecológico —le corto. —Si me deja a la salida de la autovía ya será suficiente y de sobras. Ahí ya me buscaré atentamente la vida de acuerdo a mis posibilidades experienciales. Gracias, es usted muy amable.

La verdad es que no tengo ni puta idea de cómo es que hablo tan bien. Soy muy educada; debo de reconocerlo.

Subo al coche. Menos mal, aunque es viejecito lleva aire acondicionado. No va muy bien que digamos, pero algo es algo, eso segurísimo. No sé si se me había olvidado decir que estamos en pleno mes de julio y hace muchísimo calor. ¿O sí te lo había comentado? ¡Qué mala memoria la mía! Nunca mejor dicho...

—¿Y eres de aquí mismo, de Valencia? —me pregunta el señor con dulzura. No tengo muchas ganas de hablar, la verdad; pero con la gentileza que el hombre ha tenido al parar y recogerme debería de mostrar mi cara más sociable, sea eso lo que sea; ¿qué te parece? Estamos de acuerdo, sí, muchas gracias. Lo hago. No cuesta nada quedar bien, efectivamente.

—Sí, nací aquí y aquí me he criado. Hasta ahora apenas he salido, excepto una vez que viajé precisamente a Barcelona. En verdad esta es una buena ciudad. Hay de todo y bastante a mano. Estudié Psicología en la universidad, en el Campus de Blasco Ibáñez. Pero nunca he ejercido.

Lo suelto así todo de corrido, a ver si cuela. A mí sí. O sea, me lo creo todo. Casi seguro que eso forma parte de mi olvidada, o cualquier cosa, vida no vivida aún. Y, si no, pues es bastante coherente, plausible y verosímil, ¿no? Creo ir por el buen camino discursivo y narrativo. El señor también se lo cree.

—¡Vaya, una psicóloga! Ya me haría falta a mí algo de ayuda mental y emocional, ya; tengo la cabeza un poco desajustada. Desde que falleció mi mujer de repente de un derrame cerebral hace ya unos cuarenta y cinco años, estoy muy solo. Hace poco cumplí los setenta y seis y estoy hecho un viejo. Y la vejez junto a la soledad no son muy buenas para la cabeza. Cada día estoy más *jirulo*.

—¿Jirulo?

—Sí, mal del coco, vaya. Me parece que no es una expresión muy técnica, lo reconozco.

—Ah, ya. Bueno, yo no puedo ofrecerle mis servicios; no ejerzo como psicoterapeuta.

—No, no lo decía por eso. Solo era un comentario.

—¿No tiene hijos?

—Dos hijas, sí; pero pasan de mí. Bueno, pasar, pasar tampoco. O sí, no sé si esa es la palabra exacta. Ambas tienen sus propias vidas y viven en el extranjero desde poco tiempo después de morir su madre; yo solo no podía hacerme cargo de ellas. La mayor, Stella, que debe de tener más o menos tu edad, está en Argentina donde trabaja de psiquiatra psicoanalista. Y la pequeña, Margot, vive entre Barcelona y París; cosas del trabajo, ya sabes. Creo que se dedica al arte. Y tiene un hijo que me parece que es famoso e importante. Eso es todo lo que sé de ellas; hace mil años que no hablamos ni nada. La

argentina por la catalana/francesa me tienen más solo que la una. Se dice así, ¿verdad? O sea, la distancia física predetermina absolutamente el vacío emocional y relacional, ¿me explico?

—Sí, le entiendo a la perfección. ¿No le llaman nunca por teléfono o *eskipe* o algo por el estilo?

—¡Qué va! Ya te digo, me tienen abandonado, vaya. Ni siquiera conozco a mi propio nieto. Sé que se llama Pablo y también es artista. Y de los buenos, buenos; pero no lo he visto nunca. De todas maneras yo ya me voy apañando como puedo por ahora; no hay problema. Lo que no sé es quién me cuidará cuando ya no consiga valerme por mí mismo...

—Hombre, no piense eso. Siempre encontrará a alguien, ¿no? O una residencia o algo parecido...

—¡No, eso nunca! —me corta. —Prefería morir solo tirado por ahí debajo de un puente o en medio de la calle que vivir en una prisión de esas. ¿Y tú, tus padres? —cambiando de tema.

—No tengo. Mueren cuando yo soy apenas una niña. En un atentado yihadista en Madrid. Han ido unos días en plan de turismo, se alojan en Guadalajara, que es más barato que en la propia capital y está bastante cerca. Justo ese día llevan idea de visitar el Museo del Prado, cogen el tren y al llegar a Atocha, pues el vagón en el que van revienta por unas bombas que han puesto unos terroristas islámicos... Yo aún voy al colegio; pero ya tengo uso de razón y lo paso fatal. Pero no llego a traumarme. Creo.

Es lo primero que me viene a la cabeza. El señor se lo cree y yo lo incorporo a mi historia personal. Me sabe mal hacer referencia al tremendo y horrible suceso que me parece que es real; pero cuadra bien con la reconstitución de mi personalidad identitaria.

Y mi repertorio interpretativo de las cosas de la vida y tal. Y eso, sí, es muy importante ahora. Ni mucho menos tanto como las ciento noventa y una vidas que se pierden en el salvaje crimen y que el gobierno conservador del Partido Popular entonces en el poder intenta atribuir a un grupo terrorista vasco con el objetivo de sacar rédito político a la muerte de personas inocentes, ¿será posible?

Pues sí, eso dicen las crónicas y eso es lo ocurrido.

A los pocos días se celebran elecciones generales al parlamento y al gobierno y los derechistas las pierden a pesar de todas las encuestas vaticinando lo contrario —por supuesto manipuladas por ellos mismos, por los fachas esos de derechas. La “derechita cobarde” les llaman después otros más fachas todavía, que ya es decir, ja, ja, ja—. Pagan sus mentiras en las urnas, pero aún bastantes años después nadie ha sido acusado, juzgado y condenado por las mismas, por las soeces invenciones que se montan. Ni siquiera han pedido disculpas al pueblo soberano. Sí, en este país eso es así de posible viniendo de esos del brazo en alto y la camisa azul marino oscuro. No sé cómo sé todo esto. No importa.

—Vaya, lo siento muchísimo, de verdad —vuelvo al momento presente al oír las palabras del señor.

—Bueno, ya hace años de eso. Mis padres, aunque no son ricos ni mucho menos, son muy ahorradores y espartanos y heredo su casa, un pisito de cincuenta metros cuadrados por el barrio de Jerusalén, y un poco de dinero. Por eso puedo estudiar y aún me quedan algunos ahorros. Y si bien nunca he ejercido de lo mío, sí he trabajado en varias cosas, desde fregar suelos en grandes almacenes y casas particulares de ricos, poniendo copas en bares y pubs, de camarera en los restaurantes de la playa. Y, como

heredo el carácter estoico de mis padres, pues gasto poco y voy viviendo más o menos bien. Con lo justo, pero bien —sigo inventando con bastante fortuna y fluidez.

Déjame que te cuente una anécdota. He de decir que el diccionario es muy curioso; no tanto como la realidad en sí, pero mucho. Mira, por ejemplo, al revisar todo este mamotreto he buscado el significado de la palabra «estoico», por no meter la pata. ¿Sabes lo que significa? Pues esto: «que sigue la doctrina filosófica del estoicismo». ¡Ja, ja, ja! Para eso no hace falta tener muchos estudios ni doctorados, ¿verdad? No quiero mirar esto que te voy a contar porque, si fuera así me descojonaría viva en el acto. ¿Qué significa «estoicismo»? «La doctrina filosófica que siguen los estoicos». Ja, ja, jaaaaaaa. ¿Te imaginas que sea así? No, no lo mires, mejor lo dejamos como está, ¿te parece? Ay, qué risa, qué cosas se me ocurren...

A todo esto, tú, ¿qué tal? ¿Te vas creyendo la hasta ahora poco a poco reconstruida historia de mi vida? No está nada mal, ¿eh? Sí, ya veo que te gusta... Aún falta, aún. Pero todo lo escrito hasta ahora va constituyendo una buena base. Estable y creíble. De eso se trata. Como todo. ¿No?

A ver, en verdad en verdad mi patraña podría ser de otra manera, por ejemplo de lujos y riquezas. Pero me parece que no me la creería. Y tú tampoco. Y si fuera del extremo opuesto, de miseria y penurias, ... eso es muy triste. Y sé que no estás para muchos dramas estos últimos tiempos.

Así es que pienso en ti y mi vida va apareciendo como la de una chica normal, con sus pros y sus contras. Desde luego, lo de la muerte de mis padres no es nada alegre. Y lo

de no poder subir en transportes públicos es raro, raro. Pero hay otras cosas que pueden considerarse como exitosas, lo de mi licenciatura en Psicología, por ejemplo. ¿Verdad? Eso te gusta, lo veo. Incluso sientes un cierto orgullo por mí. ¡Gracias! Y, como digo, aún faltan bastantes asuntos por reconstituir. Supongo que ya irán saliendo. O no, ¿quién sabe?

—Vaya —este señor tiene un tic lingüístico, es evidente. Casi siempre comienza sus frases con esa palabra o la introduce en su discurso en cuanto le va bien, vaya. —Y, ¿te puedo preguntar a qué vas a Barcelona? —vuelvo al momento presente otra vez, me había ido un poco por las ramas.

—Sí, claro, sí. Pues mire, la verdad no lo sé. Esta mañana me he levantado con una sensación interior muy fuerte: «tenía que salir de Valencia y dirigirme al norte». Y bueno, pues Barcelona está por ahí más o menos, ¿verdad? Pero no sé qué narices me espera allí, en serio.

—Vaya, pero ¿la sensación te ha indicado que te dirijas exactamente a esa ciudad o a cualquier otra?

—No, con exactitud no. Solo que marche hacia el norte. No ha concretado ningún lugar específico.

—¿Y por qué no vas en tren o en autobús? Esto del auto stop es muy peligroso para una chica tan joven y guapa como tú con la de secuestros, violaciones y asesinatos que hay por ahí.

No lo sabía, no lo había pensado, la verdad.

—Bueno, no voy muy bien de dinero por decirlo así... —Prefiero no comentarle nada de lo que ya sabes, lo de no poder entrar a algunos sitios; no aportaría nada a la conversación.

—Está bien, lo entiendo, es natural en los tiempos actuales y corrientes. Y más a tu edad. Más de la mitad de los jóvenes estáis en paro. Menos mal que tienes esos ahorros de que me hablas.

—Pues sí. Cierto.

—¿Cuánto tienes?

—Unos cinco mil euros o por ahí.

—¡Eso es mucho dinero! Y ¿lo llevas todo encima?

—Sí, claro.

—Pues ve con cuidado no te roben, jovencita.

—Así lo haré, sí.

Silencio. Al cabo de tres o cinco minutos,

—Barcelona es una ciudad muy, muy, muy bella. Yo la conozco bien; trabajé allí hace muchos años. Y allí conocí y me enamoré de mi mujer. Ya ves qué casualidad. Fue muy bonito. Coincidimos un día en un puesto del Mercat de La Boquería. Creo que era una frutería. A ella se le cayó al suelo un plátano de la bolsa de la compra. Yo lo recogí y se lo entregué. Al ver sus preciosos y extraños ojos azules ya me quedé totalmente prendado de su belleza. Eran otros tiempos; con una mirada era suficiente para el amor y no como ahora que antes hay que mantener todas las relaciones sexuales posibles y así poder confirmar y racionalizar el compromiso del enamoramiento. Eso no me parece nada

mal en absoluto, ¿eh? Las costumbres avanzan y opino que está muy bien. El avance, digo. No pienses que esto son ideas de un viejo achochado. Con absoluta sinceridad te repito: «los tiempos cambian» y ya está. Ahora hay más libertad, más... ¿cómo te diría?... autonomía y capacidad de tomar decisiones; eso no es malo.

»Total, ese mismo día ya le propuse de pretenderla. Ella se sonrojó; pero no me dijo no. Le pidió al frutero un papel y un lápiz y escribió su dirección, Carrer de Jerusalem, número 23. Y añadió: «Le espero mañana a las seis de la tarde para tomar una horchata en El Tío Ché, en Las Ramblas. Nos acompañará mi hermana mayor, Teresa. Mis padres no permitirían que me viera a solas con ningún hombre; aún soy demasiado joven». Y así iniciamos nuestra bonita relación.

—¡Qué historia tan bella! —le digo un poco bastante despreocupada, apática e indiferente; la verdad, no me ha interesado nada todo ese rollo de la antiquísima prehistoria. Eso no me afecta lo más mínimo.

Silencio.

Me fijo en que hace rato hemos entrado en la A-7, o sea la autovía en sí, y estamos a la altura de Burriana. Ya debe de faltar poco para llegar a Castellón. Me parece que esto antes era autopista de peaje, pero cuando llegó el gobierno socialista-comunista lo quitaron eso de tener que pagar por el puto morro.

—Pero el norte no termina en Barcelona, vaya. ¿Has pensado en qué harás si la fuerza interior no te muestra allí lo esperado?

—Bueno, si sigue tirando de mí hacia el norte, pues continuaré; en realidad esperar, esperar, no espero nada de especial. Creo que es mi destino y ya. O parte de mi destino, no sé cómo explicarlo. Es como una intuición, y esas cosas son difíciles de contar

con una cierta racionalidad, con lógica silogística, vaya. Perdón por la redundancia, pero es así.

—¿El qué?

—La intuición.

Silencio

—¿Y qué hay más al norte de Barcelona? —le pregunto tras unos cuatro o cinco segundos.

—¿Me tomas el pelo?

—No, en serio, es que a veces tengo bastantes lagunas mentales; es muy complicado de explicar —¿se lo creerá?

—Vaya sí, totalmente de acuerdo, a mí también me pasaba a tu edad; ahora más todavía.

»¿Sabes? Bastante más al norte está París, otra ciudad bien interesante. Yo no he estado nunca, pero la conozco de sobras. Una vez me pasé tres o cinco días enteros mirando en internet cosas de allí. Es muy bonita. Claro, no es lo mismo que estar en persona, claro, claro. ¡Qué casualidad, Barcelona y París, las dos ciudades en las que trabajan mi hija Margot y mi nieto Pablo!

—Sí, he oído hablar muy bien de la ciudad francesa —sigo inventando, veo que se me da de maravilla. —Aunque tampoco he estado nunca. Es de ahí, de Francia, ¿verdad?

—Sí, la capital. Vaya, yo he estado en muchos lugares, me paso la vida en internet viajando y trabajando. Ahora menos porque en la práctica ya estoy jubilado. Vivo en Valencia, ¿te lo había dicho?

»¿Por qué estoy yendo a Castellón? Precisamente a visitar a un buen cliente con el que tengo una reunión por un próximo e interesante proyecto.

»¿De qué trabajo en internet? De diseñador de nubes. Siempre me han gustado mucho las nubes. De hecho, de joven empiezo a estudiar para meteorólogo. No finalizo los estudios oficiales porque Franco fusila a mi padre por rojo. Ya ves, estamos en mil novecientos sesenta y siete, pero aún existe la pena de muerte por motivos políticos y él, mi papá, es el sustento de la familia. Mi madre se mete a puta para así poder mantenerme; soy hijo único. Ya es vieja y tiene muy poca clientela. Así que abandono los estudios con el fin de no generar gasto y me dedico a pequeños trapicheos por el barrio chino; pero nunca he dejado de observar y analizar las nubes.

—¡Ah, qué interesante! Eso es súper guay y molón. Entonces ¿dibuja nubes para las páginas web de sus clientes o diseña aplicaciones y sube determinados archivos a la nube?

—Vaya, ¡qué cosas tan raras! No, qué va, solo diseño nubes por internet. Las fabrico por pedido, me hago su amigo y una vez se lo solicito se suben al cielo ellas solitas, sin necesidad de aplicaciones ni nada. Entonces le digo al cliente que me ha hecho el encargo dónde están, las mira, me paga y asunto concluido. Ese es mi trabajo. Me gusta mucho.

»Vaya, ya hemos llegado, he de desviarme aquí mismo, lo siento mucho. ¿En serio no quieres que te acerque a la estación del tren o el autobús? No me resulta ninguna molestia en absoluto, ¿eh?

—No, no, de verdad, prefiero seguir a dedo —no quiero que me vuelva a ocurrir lo de la estación del Norte o el bus de la Gran Vía en Valencia. En ese caso me lo pasaría fatal.

—Vaya, bueno, totalmente de acuerdo. Pues te dejo ahí delante, ¿te parece? Mi nombre es Cirrocúmulo, Cirrocúmulo del Toro García. Ha sido un placer charlar contigo, jovencita.

—Encantada, señor del Toro García, yo me llamo Cristina, ¡muchas gracias por todo!

Te ha desencantado un poco esta narración, ¿verdad? Esperabas con morbo que el señor fuera un puto viejo verde psicopático asaltacunas y hubiera intentado violarme o robarme cuando le he contado lo del dinero, que ya sé que no debería de haberlo hecho, ya. ¡Joder, qué malos pensamientos y qué morbosidad tienes! Aunque por poco, no todos los tíos son iguales y este es buena persona, eso está súper claro, coño. ¿O no lo has visto? Diseña nubes.